

3 de mayo 1984

9

EL UNIVERSAL

Coincidencias no casuales

JULIO SAU AGUAYO

UNAG

Mantener latentes conflictos internacionales y agudizar éstos hasta llegar al borde mismo de la guerra, cuando la lucha de clases nacional adquiere dimensiones que amenazan la estabilidad necesaria para asegurar la sobreexplotación de los trabajadores, ha sido una maniobra utilizada tradicionalmente por la mayoría de las burguesías latinoamericanas. Los objetivos de dicha táctica son claros: sobredimensionar la amenaza eventual a la integridad nacional, justificando con ello todo tipo de medidas de "emergencia" destinadas a impedir que el movimiento obrero luche por sus intereses de clase.

Cuando este ejemplar de EL UNIVERSAL llegue a manos de sus lectores, los trabajadores de cuatro países latinoamericanos habrán conmemorado el 1º de mayo teniendo como tarea central ofrecer una respuesta a la falsa alternativa entre unidad nacional o lucha de clases que, una vez más, los respectivos bloques dominantes han intentando generar. Nos referimos a Argentina, Chile, Ecuador y Perú, cuyos gobiernos lanzan fervientes llamados a la defensa de la patria al mismo tiempo que intensifican la explotación y represión de los trabajadores.

El virtual fracaso de la mediación papal, cuya proposición parece no haber sido aceptada por el Gobierno argentino, ha reactualizado el conflicto por el canal Beagle, y nuevamente los preparativos de guerra son visibles a ambos lados de la frontera. Independientemente de los factores "geopolíticos" que tanto parecen preocupar a los militares chilenos y argentinos, ambos siguen dominados por una motivación central compartida: la apremiante necesidad de desarticular el movimiento obrero nacional y de impedir que éste se exprese en el nivel político.

Aunque con características y ritmos diferentes, el movimiento obrero de ambos países se ha rearticulado bajo la dictadura militar, y se yergue actualmente como

un formidable enemigo tanto de Viola como de Pinochet. La inminencia de una guerra sirve, pues, a ambas dictaduras para un mismo propósito: justificar la clausura de la instancia política y la violación sistemática de los derechos humanos, sociales y políticos, permitiendo con ello la aplicación irrestricta del nuevo modelo económico basada en la transnacionalización de la economía nacional y en la sobreexplotación de los trabajadores.

La situación de los trabajadores peruanos y ecuatorianos no difiere demasiado de la anterior. Aunque ambos pueblos reconquistaron, tras dura lucha, el derecho al funcionamiento de los mecanismos de la democracia política, el modelo de dominación permanece inalterable. Aprovechando las facilidades otorgadas por el régimen democrático, el movimiento popular de Perú y Ecuador ha alcanzado importantes niveles de organización y combatividad, forjando un sólido frente de resistencia al intento de implantar una política económica antipopular y antinacional de sus respectivos gobiernos, hecho particularmente visible en el caso peruano. La guerra iniciada entre ambos países y la posterior situación de tensión que ha caracterizado a partir de entonces sus relaciones sirve pues, como en el conflicto chileno-argentino, a idéntico propósito: neutralizar al movimiento obrero mediatizando la lucha de clases en aras de la unidad nacional contra el enemigo externo.

El ascenso de la lucha de masas en los cuatro países señalados, a despecho de los intentos de las clases dominantes por manipular el fantasma de la guerra, constituye una clara demostración de que los pueblos tienen memoria histórica. Jamás la guerra ha favorecido a los trabajadores, es cierto, pero éstos saben que tampoco la amenaza de guerra les favorece, y es por ello que están decididos a seguir luchando por sus intereses inmediatos y estratégicos. La seguridad nacional —falsamente invocada por las dictaduras militares para imponer el

(CONTINUA EN LA PAGINA DIEZ)

Coincidencias no casuales

(CONTINUA DE LA PAGINA CUATRO)

quietismo social— y la defensa de la patria sólo serán una realidad en regímenes políticos democráticos y populares que interpreten libremente los intereses de las mayorías nacionales, y para establecerlos son necesarias las diversas formas que adopta el combate social. Así lo han entendido los trabajadores latinoamericanos y lo habrán demostrado, seguramente, este 1º de mayo.
